

Antes de la madrugada del 3 de Febrero de 1807 el cuartel general de las tropas inglesas que sitiaban la ciudad de San Felipe de Montevideo, dió orden de asaltar la plaza por la brecha que los cañones habían abierto la víspera en la cortina sur de la muralla. Los rifleros de Browning, los granaderos de Campbell y el regimiento 38 de infantería ligera de Vassal partieron silenciosamente, apoyados por el 40 de Dalrympe y el 87 de Butler. Las reservas, al mando inmediato de los generales Achmuty y Limley, compuestas del 17 de dragones ligeros, el regimiento 47, una compañía del 71 y un cuerpo de marinería, quedaron sobre las armas, al amparo de la batería volante, mientras los navíos de la escuadra se aproximaban a la ribera para apoyar el ataque. La noche era oscura y quieta. Apenas se adivinaba, al vago resplandor de las estrellas, la negra masa de la ciudad amurallada, silenciosa y hosca. Los regimientos avanzaban en orden cerrado. A la cabeza de la columna, detrás de la descubierta, marchaba el coronel Browne, jefe de las fuerzas asaltantes; un ayudante, un tambor y una pequeña escolta formaban su estado mayor. Al flanco de la columna marchaba la pequeña maestranza conduciendo el equipaje de asalto: escalas, perchas, pescantes y aparejos. El jefe inglés halló la senda que circunvalaba la ciudadela, frente al relleno, y unía el camino del portón de San Pedro con el antiguo portón de San Juan. A pocos metros de éste, entre el parque de artillería y el Cubo del Sur se hallaba la brecha sobre la cual iba a dirigirse el asalto. El coronel ordenó que el 87 de infantería ligera marchara a emboscarse en los tapiales de la fuente pública de extramuros, cerca del portón de San Pedro, a la espera de que los asaltantes, una vez tomada la ciudad, abrieran la puerta inexpugnable. El resto de la columna penetró silenciosamente en la senda cubierta allí por el glacis de las fortificaciones

exteriores. ~~La~~ parecía dormir, extenuada por la lucha de catorce días de asedio. Solamente se escuchaba, en medio del cálido silencio de la noche estival, el alerta de los centinelas que volaba de bastión en bastión, recorriendo el recinto amurallado.

La columna asaltante se detuvo al abrigo de un espaldón de tierra, a poca distancia de la muralla. El coronel Browne ordenó que los rifleros y granaderos se lanzaran al foso y escalaran la gola de la muralla por debajo de la brecha. Los soldados ingleses descendieron intrépidamente en medio de la tiniebla y se aproximaron sin ser sentidos. Pero al llegar al sitio donde suponían que se hallaba la brecha no la encontraron. En aquel momento, un centinela español que rondaba el parapeto oyó ruido en el foso y dió la voz de alarma. Sonó el tambor de la plaza tocando a generala; las campanas de las iglesias fueron echadas a vuelo; los sitiados coronaron los parapetos y de los bastiones rompieron los fuegos de iluminación y mosquetería. Al resplandor de las descargas, los soldados que defendían la cortina de muralla quebrantada vieron a los rifleros y granaderos que ocupaban el foso y a la columna de apoyo formada detrás del glacis. Tironaron los cañones de la ciudadela y del Cubo del Sur, cruzando sus fuegos sobre los asaltantes, a la vez que del parapeto caía sobre ellos una lluvia de plomo. Sorprendidos y engañados los ingleses por la brecha tapiada, creyeron haber errado el lugar y la buscaron estoicamente a lo largo de la cortina, mientras la metralla y el plomo de la mosquetería los diezmaba. El tambor inglés tocaba sin cesar a paso de carga.

Hacia quince minutos que los asaltantes buscaban en vano la brecha bajo el fuego. Las reservas se lanzaron entonces al foso y comenzaron a escalar la muralla. El capitán Remy, del 40, lanzó un hurra que dominó el fragor de la batalla, acababa de descubrir la brecha. El fuego de los sitiados convergió

Los refuerzos de la Brecha

(Episodio de las invasiones inglesas)

El héroe de esta narración es el ilustre patricio don Juan Benito Blanco, quien en 1807 contaba solamente 16 años

ser dirigido

del muro

por la contraescarpa

arrojaron

sobre el intrépido oficial que escalaba las pilas de cueros con que había sido tapiada la cortina de piedra derruida por los cañones sitiadores. Arriba, las bayonetas amenazantes coronaban el improvisado parapeto. Los húsares de Mordell y los voluntarios de Carlos IV, remontados con vecinos de la ciudad, esperaban a los asaltantes. Un tiro de mosquete destrozó la cabeza del capitán Remy, ~~quien~~ se desplomó moribundo desde lo alto. ~~Después~~ Detrás de él una compañía del 40 y otras de rifleros escalaban la muralla. El resto de la columna, atraído por los gritos de los asaltantes, se precipitó sobre la brecha. El mayor Dalrymple, jefe del 40, cayó muerto de un bayonetazo. Los muertos y heridos caían al foso, arrastrando pilas de cueros y pesados objetos que aplastaban a los que empezaban a escalar la muralla. En pocos instantes la brecha quedó descubierta y la lucha se trabó en medio de las tinieblas, sobre la barricada levantada por los sitiados.

Los asaltantes encendieron teas resinosas, y el cuadro apareció a la rojiza luz como una visión dantesca. Desde lo alto se precipitaban al fondo del pozo cuerpos ensangrentados que luego se incorporaban en actitudes convulsas para quedar rígidos o agitarse lanzando siniestros alaridos. Arriba se veían rostros ennegrecidos y afiladas bayonetas que se hundían en los cuerpos de los asaltantes. Un espantoso estruendo, formado por el estampido de los cañones, las descargas de fusilería, el choque de las armas, los ayes de los heridos, las voces de mando, los gritos de los contendientes, se elevaba como un horrendo clamor hacia el cielo estrellado.

Las barras del día empezaron a aparecer en el horizonte. La lucha seguía empeñada furiosamente. El corsario Mordell, de pie en medio de la barricada, sudoroso y ennegrecido por el humo de la pólvora, mantenía el ánimo de los defensores de la brecha. Nuevos contingentes ingleses fueron enviados al asalto, bajo el fuego cada vez más certero de las baterías de la pla-

za. El campo y el foso estaban llenos de muertos y heridos. El corsario, ebrio de coraje, con el sable de abordaje en alto, rechazaba con sus hombres a los asaltantes. Los cueros de la brecha habían sido sustituidos con los muertos; la barricada y las calles estaban llenas de heridos; por la cortina de piedra corrían rojos hilos de sangre; la brecha humeaba como un volcán. El teniente coronel Brownigg, jefe de los rifleros, y el teniente coronel Vassal, jefe del regimiento 38, fueron retirados moribundos. El mayor Tucker, segundo de los granaderos, cayó también herido. Mordell, rodeado de cadáveres, advirtió que apenas cincuenta hombres quedaban en pie junto a la barricada. Los fuegos del

Cubo del Sur se habían apagado y los parapetos vecinos también callaban. Solamente

la ciudadela seguía haciendo tronar sus cañones. El corsario vió, a

la incierta luz del alba, a un adolescente que hacía fuego con su mosquete desde una carronada desmontada y le llamó con voz bronca:

—¡Ea, muchacho!

—A la orden, mi coronel, — dijo el niño cuadrándose.

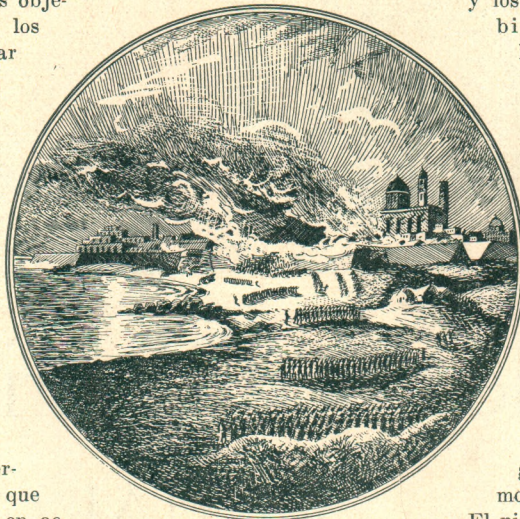
— Anda y dí al señor gobernador que necesitamos refuerzos.

El niño partió veloz mientras la lucha proseguía sin cuartel.

Nuevos contingentes de asaltantes acababan de llegar al foso. Mordell y sus compañeros seguían matando ingleses en la barricada. Los ojos del corsario se volvían a menudo hacia el interior de la plaza, buscando en la calle, todavía en sombra, los refuerzos pedidos. Pero los refuerzos no llegaban. Los ingleses dominaban ya la brecha y se descolgaban de los parapetos vecinos. El corsario, desesperado, se volvió para amenazar con el puño a la Ciudadela, cuando vió aparecer, en la media tinta de la madrugada, la silueta del niño.

—¿Y los refuerzos? — le gritó el corsario.

El niño avanzó en silencio; en la mano derecha empuñaba una lanza. Llegó hasta donde estaba Mordell, subió a lo más alto de la barricada y gritó:



de las antorchas

Antorchas

mente

— No hay más soldados, pero aquí están los
erzos. ¡Viva el rey! y desplezó al viento de
mañana la bandera roja y gualda que flameó
mo una llamarada tocada por el primer rayo
sol que aparecía en el naciente.

— ¡Viva el rey! — gritaron enardecidos mi-
licianos y soldados.

— ¡Bravo muchacho! — exclamó Mordell, y
cayó sobre la humeante barricada, abierto el
pecho por un bayonetazo, mientras su sa'le de-
jaba exánime sobre los escombros al mayor
Dalrympe, jefe del 40 de infantería ligera, cuyo
último gesto fué para animar a sus soldados.
Un sargento del 40 hundió también su bayoneta
en el pecho del niño. Dobló éste las rodillas, y,
~~sosteniendo con ambas manos~~ la bandera, se
desplomó lentamente, envuelto en el lienzo. La
franja gualda se tiñó con el bermellón de la
sangre del héroe.

Los ingleses, dueños de la brecha, avanzaron
calle arriba por la ciudad conquistada, apagan-

do los cañones que enfilaban las encrucijadas y
abatiendo con sus bayonetas a los últimos de-
fensores, que se replegaban hacia la fortaleza,
cuyos fuegos habían callado.

El capitán Bayle, del 87 de dragones lige-
ros, que desde la contra escarpa había visto
caer al adolescente, fué enviado a ocupar con
sus hombres la brecha. El oficial clavó en lo
alto de la barricada un guión de su regimiento;
luego, se aproximó al niño que yacía exánime
con el rostro vuelto al sol naciente. Se inclinó
sobre él, le tomó en brazos y le colocó dulce-
mente sobre los restos de la destruida carrona-
da. Después cubrió su herido pecho con la ban-
dera española, y, mientras su compañía, sobre-
cogida y suspensa, imitaba al capitán, éste se
cuadró militarmente y saludó al pequeño héroe,
cuyos ojos, preñados de lágrimas, se entreabrie-
ron, ~~y cuyos~~ labios se agitaron para gritar
todavía:

— ¡Viva el rey!

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE.

sin darse
cuenta

mientras sus

labios se